

Boletín Noticiosario del Ateneo Obrero Cultural

GRANOLLERS : CALLE DE TARAFÀ, 55

ART. 1.º Siendo exclusiva y esencialmente cultural la finalidad del Ateneo, no pueden, la Junta Directiva ni los socios, realizar en nombre y representación del mismo, actos públicos de significación política ni religiosa; no obstante, dentro del mismo podrá discutirse y estudiarse toda tendencia, escuela o doctrina.

(De nuestros Estatutos)

¡Siembra!.....

Siembra ideas de bondad, de redención y de justicia, puras y luminosas como las estrellas que constelan el firmamento.

Siembra a manos llenas tu rica sementera de ideales generosos y divinos.

Siembra el precioso cereal del amor, de regeneración y de fraternidad humana.

Siembra con esperanza de recoger delicados y sabrosos frutos que aprovechen para que el género humano pueda alcanzar la paz, la armonía y el bienestar más completos.

Siembra con sinceridad, con nobleza y con dignidad.

Pero, si después de haber removido profundamente con mano viril la tierra con el hierro templado de tu voluntad; si después de haberla regado con el sudor de tu frente y haberla abonado con el fósforo de tu cerebro y con la sangre de tu corazón, ves que aun el trigo más cuidadosamente seleccionado deja de dar su natural rendimiento y que, si germina en el surco, contemplas con desconsuelo y amarga pena como a ras de los terrenos salen los brotes enfermos para convertirse en esmirriadas mieses, después de haber regado el campo con lo más valioso de tu ser, vuelve a sembrar. Y si se repite tu fracaso, siembra aún una y otra vez, hasta agotar tu paciencia y todas tus esperanzas. Y cuando estas se hayan extinguido y te hayas convencido de que has estado sembrando en tierra de maldición, en la que el estiércol se vuelve hiel, en tierra que, por arte diabólico, la simiente del rico trigo se convierte en ingrata cizaña, no desistas de sembrar.

Mas, cambia de tierra. No continúes sembrando en la misma. Desiste de tu vano empeño, pues pierdes el tiempo de una manera miserable. Las tierras en que hasta aquí has sembrado, son baldías y están completamente esquilgadas. Busca otras de grosura más apropiada y allí vuelve a sembrar, con la misma fe, con el mismo tesón y el mismo entusiasmo, hasta que tu semilla dé ciento por uno.

Abandona las tierras estériles e infecundas, en donde sólo vegetan seres de alma ruín, que sólo se mueven por la maldad y la estupidez. Son seres de voluntad atrofiada, de inteligencia berroqueña, de cerebro ancestral, y en sus pechos sólo anidan los sentimientos más bajunos.

Abandona los yermos del mundo, busca sus tierras feraces, acariciadas por las auras más puras, por las brisas más castas y por los dulces y vivificantes efluvios del sol, regadas por abundantes, frescas y cristalinas aguas; dirígete a ellas por senderos de luz y verdad y prosigue incansable tu siembra de bondades, bajo la bóveda azul del firmamento tachonado de puntos de oro, escuchando los dulces trinos de las aves y los cantos de alegría de la parte sana de la Humanidad y allí espera seguro y confiado contemplar los rubios triguales sembrados por tu mano y por los que te hayan ayudado.

¿Renunciar a sembrar en favor de tus semejantes? ¡Jamás! Pero continúa sembrando, procurando que tus esfuerzos y desvelos no resulten nullos eternamente.

¡No renuncies a sembrar!

¡Siembra!...

JOAQUIN ESTRUCH

La multitud ni disimula, ni perdona, ni compadece. — X. X.

DE ARTE

«La misión del arte — dice Ruskin — consiste en embellecer al pueblo. No hay duda de que existió un arte en países cuyos individuos no eran todos bellos, sinó que hasta sus labios eran gruesos y negra su piel, porque el sol los había mirado. Pero jamás hubo arte en un país de caras empalidecidas por un miserable trabajo en el que los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, los adelgazara el hambre o los deformara el veneno.»

Un viajero inglés, que ha recorrido el Oriente, nos cuenta una anécdota que permite juzgar el valor del precioso concurso ofrecido por las protecciones oficiales al desarrollo de las ciencias y las artes. Un alfarero, en los bordes del golfo pérsico, había logrado fabricar vasos de una notable belleza. Un día el gobernador de la comarca recibió orden de enviar al alfarero a la corte. El desgraciado artista dióse cuenta, en seguida, de lo que iba a ocurrirle encerrado en un palacio, en donde pasaría a ser un verdadero esclavo obligado a trabajar gratuitamente para los cortesanos y los príncipes, de quienes tendría que sufrir los caprichos y la humillación de ciertos consejos. Reuniendo todo el dinero que poseía, fuese con él al gobernador y le suplicó dijera que el alfarero había desaparecido de la comarca y que no lograba encontrarle. Desde entonces, el desventurado artista se guardó mucho de no construir otra cosa que no fuese vulgar alfarería.

«El arte es la vida», dijo Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y placer puso en tallar en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre y la de los bravos campesinos y prudentes jardineros. ¡El arte es la vida! Desde el momento en que el trabajo apasiona, desde el momento en que proporciona placer, el trabajador se convierte en artista, embellece su obra y le da un carácter de duradera universalización, pues que todos la admiran. Aún que no haga más que alfileres, dijo Diderot, es necesario que el trabajador esté enamorado de su oficio. Al campesino le gusta que contemplen el surco derecho y de una profundidad igual que su mano ha trazado; el arriero pone toda su gloria en medir bien el equilibrio de la carga sobre el animal y en engalanarlo con flecos; cualquier obrero que no esté envilecido y privado de iniciativa, quiere poseer un